MIRAD

La lluvia es una elefante deshilachándose en
tiras grises.
A través de la lluvia miro la vuelta ciclista
a españa como una rosa de radios y astas
de manillares y maillot amarillos rojos
blancos escarlatas tal una cristalería
empañada por la lluvia.
A la quinta etapa el aburrimiento me aplasta con
sus patas de elefante
y a través del vaho voltean las campanas y un
helicóptero destruye su hélice entre la
neblina.
La flauta del pastor suena como el chorro frío
de una fuente.
Las grandes ciudades giran ante mis ojos enla-
zadas de la mano humedecida y los anuncios
luminosos cabrillean colgate neveral sil
coca-cola-del-diablo chispeando como cohe-
tes en la tarde de fiesta arrasada por la
lluvia.

La lluvia enciende su linterna triste.
El pinar se despeina ante el espejo
del río. Runrunea un camión viejo
y una carreta, lentamente, insiste.

Los corredores ruedan inclinándose,
suben la cuesta hacia la cima rubia,
patinadores de la fría lluvia,
contra un cielo de greda recortándose.

silba un cohete, trepidan los chispazos
azules, blancos, verdes, parpadean
los divinos anuncios luminosos.

Y la lluvia arremete a latigazos
contra los muelles que chisporrotean
de mástiles, mirad, maravillosos.

Madrid, 28-IV-69

A

MIRAD

La lluvia es una elefante deshilachándose en
tiras grises.
A través de la lluvia miro la vuelta ciclista
a España como una rosa de radios y astas
de manillares y maillot amarillos rojos
blancos escarlatas tal una cristalería
empañada por la lluvia.
A la quinta etapa el aburrimiento me aplasta con
sus patas de elefante
y a través del vaho voltean las campanas y un
helicóptero destruye su hélice entre la
neblina.
La flauta del pastor suena como el chorro frío
de una fuente.
Las grandes ciudades giran ante mis ojos enla-
zadas de la mano humedecida y los anuncios
luminosos cabrillean colgate neveral sil
coca-cola-del-diablo chispeando como cohe-
tes en la tarde de fiesta arrasada por la
lluvia.

La lluvia enciende su linterna triste.
El pinar se despeina ante el espejo
del río. Runrunea un camión viejo
y una carreta, lentamente, insiste.

Los corredores ruedan inclinándose,
suben la cuesta hacia la cima rubia,
patinadores de la fría lluvia,
contra un cielo de greda recortándose.

silba un cohete, trepidan los chispazos
azules, blancos, verdes, parpadean
los divinos anuncios luminosos.

Y la lluvia arremete a latigazos
contra los muelles que chisporrotean
de mástiles, mirad, maravillosos.

Madrid, 28-IV-69